

BERNARDO RUIZ

Luz oscura

Pieza en un prólogo y dos actos

México, D.F., 1999

© Bernardo Ruiz, 1999, Todos los derechos reservados.

México, D.F., 1999

*A Fernando de Garay,
Dobrina Kristeva y Jacobo Atri, en su paciencia.*

*A Gaëlle Le Calvez,
Facundo Burgos y
Jaques Bonavent, en la luz.*

Luz oscura

DRAMATIS PERSONAE

WALTER CROSBY .- Ingeniero en minas.

LORENA LAFONT.- Bioquímica. Hija de

ADRIAN LAFONT.- Empleado de la compañía minera.

MARCEL AMAND.- Empleado de la compañía minera.

MUCHACHA DE 22 AÑOS.- Adicta, seropositiva.

HOMBRE EMBOZADO.- Supuestamente Horace Grévin, detective a sueldo.

La acción sucede a finales del siglo XX, en una oficina y un restaurante de Bruselas, y en Montreal, en una oficina, un departamento, un callejón y una calle.

PRÓLOGO

Telón. Oscuro. Sonidos de avenida, llueve, se escuchan bocinazos y motores. Llueve. El sonido de la lluvia no cesará a lo largo de la escena. Esporádicamente se escuchan algunos truenos. Pasos apresurados. El reloj de alguna iglesia suena las siete. Una pesada puerta de madera gira, disminuye el sonido de la lluvia. Se escucha “All you need is love” de The Beatles.

VOZ DE RECEPCIONISTA.- ¿Le puedo servir en algo?

VOZ DE CROSBY.- Buenas noches, vaya diluvio, señora. Haga el favor de anunciar a Monsieur Lafont al ingeniero Walter Crosby.

VOZ DE RECEPCIONISTA.- ¿Tiene usted cita?

VOZ DE CROSBY.- Acordamos por teléfono vernos después de las seis.

VOZ DE RECEPCIONISTA.- En ese caso, permítame. *(Apaga la radio, se escucha cómo pulsa algunas teclas del comunicador. Pausa).* Recepción, Duval, señor, lo busca el ingeniero Walter Crosby. *(Pausa).* Correcto. Gracias. *(Pausa. Cuelga. Pausa).* Monsieur Lafont tendrá gusto en recibirlo en su oficina. Suba por favor al primer piso y doble a mano derecha, es la primera puerta, nuevamente a la derecha.

VOZ DE CROSBY.- Mil gracias, señora.

VOZ DE RECEPCIONISTA.- El ascensor no sirve, hasta mañana en la noche terminarán de arreglarlo. La escalera está al fondo, a la izquierda de usted.

VOZ DE CROSBY.- Le agradezco, con permiso.

Nuevamente la recepcionista enciende la radio, el sonido desaparece paulatinamente en tanto se escuchan veinte pasos de CROSBY, su ascenso por una escalera con veintiún escalones y dos rellanos. Diez pasos y su llamada a la puerta de la oficina de Lafont. De inmediato se escucha la respuesta.

VOZ DE LAFONT.- ¡Pase!

Se escucha girar el picaporte y nuevamente los pasos de CROSBY.

VOZ DE LAFONT.- Adrian Lafont, servidor. Es un gusto conocerlo, ingeniero Crosby. Por favor, tome asiento. *(Se escucha arrastrar la silla, y cómo se acomodan ambos en sus sitios).* Sólo un momento y lo atiendo como se merece. ¿Te, café?..

ACTO I

Escena 1

CROSBY Y ADRIAN LAFONT

Oficina de Lafont. Una silenciosa oficina de mediano ejecutivo, donde sólo destaca el teléfono y el escritorio con las papeleras saturadas y un cierto desorden de documentos, además de un juego de plumas de escritorio, como de almacén de prestigio. CROSBY, con gabardina oscura, de traje, tiene a un lado su portafolios. Representa unos treinta y cinco o cuarenta años. Es un hombre alto y fuerte, decidido, de tez oscura, aunque acusa cierta palidez. Contempla sin prisa a LAFONT. CROSBY es un técnico impecable, seguro de sí mismo. ADRIAN LAFONT, bajo, corpulento, casi obeso, es más un organizador que un técnico, un hombre afable, al filo de los 60 años. En las manos y en el cuello acusa manchas de la piel. Posiblemente mal de pinto. Está en mangas de camisa. Viste bien, aunque con cierto descuido, pese a la calidad y al buen gusto de su ropa. Se deja observar por CROSBY y no parece tener prisa en escuchar la respuesta del visitante mientras firma varios de los papeles que le aguardan.

CROSBY.- No gracias, tengo una cena más tarde. No acostumbro tomar nada entre comidas. Disculpará usted el retraso, pero la lluvia congestionó todos los accesos a esta zona. El taxista debió hacer varios intentos antes de dejarme a un par de calles de aquí.

A. LAFONT.- (DEJA DE ESCRIBIR Y SE DISPONE A ATENDERLO). Espero no le haya costado una fortuna. Los taxistas en Bruselas son honrados •por lo general•, pero como en

todas partes, algunos abusan. ¿Dónde para usted?

CROSBY.- En el Metropol, aunque remodelado y adaptado al gusto americano sigue siendo un lugar maravilloso. Lo antiguo jamás pierde su sabor, pese a todos los esfuerzos por disminuirlo.

A. LAFONT.- Cuando la compañía me envió a Bruselas, llegué también al Metropol. Aún vivía Claire, mi amada esposa... De eso hace mucho tiempo, casi 30 años. Lorena, mi hija, apenas caminaba (*Sonríe con suavidad por el recuerdo*). La conocerá si entra a trabajar con nosotros. Ella estudia en Montreal un posgrado... Pero no me hable de mí, cuénteme de usted, recibí su currículum junto con otros, aunque el suyo destaca tanto por su formación como por su experiencia en diversos lugares.

CROSBY.- (*Cambia de posición, se acomoda*). No hay que asombrarse, monsieur Lafont, el hijo de un asesor de la Compañía Holandesa de Exportaciones necesariamente se acostumbra a una existencia trashumante. Y es una manera de ser inglesa: piratas, aventureros y comerciantes, los ingleses sólo vivieron para el mar. Mi bisabuelo nació en la India y fue un destacado oficial del ejército. Siempre estuvo a la disposición de su majestad. Es fácil imaginar los sitios que recorrió. Mi abuelo fue marino, comerciante. Y mi padre arqueólogo, antes de dedicarse, a su vez, al comercio.

A. LAFONT.- Curioso, pensé que su familia aunque de origen inglés había radicado en Europa oriental...

CROSBY.- La confusión quizá se deba a que mi madre es de Sofía. Ella fue

arqueóloga, como mi padre; se conocieron en Capadocia. Yo nací en Londres, cuando mi padre era todavía arqueólogo del Museo Británico. Pero me crié primero en Anatolia, un par de años en Macedonia; mis estudios los hice en Cambridge; primero, matemáticas; aunque finalmente me decidí por la geología y la minería. Pude escapar a tiempo de la fascinación por la espeleología, experiencia que luego me ha ayudado en el par de trabajos que hice para la Gales Coal Mining Co. Le anexé unas cartas que explican cuál fue mi papel.

A. LAFONT.- Las leí con detenimiento. Se las hice llegar a la central de Londres. Debo confesarle que me interesaba se quedara en Bélgica; necesitamos alguien con su juventud aquí, pero negaron mi petición. *(Hace una pausa, busca un papel)*.

CROSBY.- En ese caso creo que podemos dar por terminada la entrevista, monsieur Lafont. *(Hace ademán de levantarse)*.

A. LAFONT.- De ninguna manera, discúlpeme ingeniero, no me he expresado bien. A veces no sé dónde tengo la cabeza. Me piden que se reporte con mi colega Marcel Amand en Montreal. Estará usted a cargo de las investigaciones en el norte de Labrador y en la frontera con Alaska, en principio. Lo felicito. *(No ha dejado de buscar un papel. Lo encuentra)*. Mire, aquí están tanto las instrucciones para usted como para mí. ¿Comprende?

CROSBY.- *(Las lee con cuidado, pero con extraordinaria rapidez)*. Todo está muy claro.

A. LAFONT.- Lléveselas, tengo copia. Creo que no le parecerá mal que su sueldo al principio sea el doble del que le habían ofrecido... Lástima... me hubiera gustado que se quedara en esta rama. Sus calificaciones son excelentes. Por cierto..., ¿me permite una pregunta personal? *CROSBY asiente con la cabeza y con un gesto de la mano, como un noble que concediera alguna petición a un vasallo. ¿Dónde aprendió su francés? Tiene una pronunciación excelente...*

CROSBY.- (*Apenas con una leve sonrisa*). De mi madre. Ella estudió en Francia.

A. LAFONT.- Tiene usted una educación envidiable. Le será muy útil a lo largo de su vida... Bien, es todo. Debemos vernos aún antes de su partida. Le daré algunas instrucciones.

TELÓN

Escena 2

Un restaurante del centro de Bruselas

CROSBY, LAFONT

CROSBY.- Es usted muy amable al invitarme a cenar.

A. LAFONT.- Digamos que también tengo un interés especial; no sólo ha sido el placer de conocerlo; estoy seguro que tendrá un excelente desempeño para la compañía en Canadá.

CROSBY.- Gracias

A. LAFONT.- Adicionalmente, quiero pedirle, uno, varios favores. Algo personal... No

lo acostumbro, pero para mí sería importante.

CROSBY.- Cuento con ellos, si está en mi mano.

A. LAFONT.- Iré al grano, usted no tiene mucho tiempo. Su avión sale en menos de ocho horas...

CROSBY.- Entonces hay tiempo. Tengo todo listo. Y podré dormir cómodamente durante el viaje.

A. LAFONT.- Bien, el asunto es importante: soy un hombre mayor, no muy mayor, pero me consume el cáncer. Sin éxito he intentado todo tipo de curas... Hace un par de días me informaron que tengo cáncer terminal. Es posible que ésta sea la última vez que nos veamos, Crosby...

CROSBY.- Lo lamento muchísimo...

A. LAFONT.- Déjelo, no se preocupe. Me he hecho a la idea. El dolor, adicionalmente, me ha acostumbrado a la idea del descanso, a la cabal noche. Sin sueños, ni sensaciones.

CROSBY.- No sé qué decirle...]Quisiera...

A. LAFONT.- Escúcheme, mejor, se lo ruego. (*Pausa*) Le comenté de Lorenaa, mi hija.

CROSBY.- Muy brevemente.

A. LAFONT.- Creo, sin abusar de mis privilegios paternos, que es una hermosa e inteligente mujer. Me gustaría que la conozca, que la trate. Es una agradable joven •toda una mujer... Sin embargo, es muy introvertida. Sé que ha tenido algunos afectos sin trascendencia, pero vive sola y no he notado que piense en nada más allá de su profesión. Es una buena investigadora, ha hecho su camino lejos de mí, y estoy seguro que no sabe aún en qué puede consistir la felicidad. Está en Montreal. Visítela, háblele de mí, explíquele que deberá tomar las cosas con calma, y que podrá hacer con lo que dejó lo que ella deseé. ¿Comprende?

CROSBY.- Trataré de expresarle sus íntimos deseos.

A. LAFONT.- En particular, para evitarle decisiones precipitadas, le dejo a Lorena pleno acceso a los intereses de la herencia. Sin embargo, no podrá disponer de los bienes o del capital hasta el año un día después de mi muerte.

CROSBY.- Es una curiosa precaución, ingeniero.

A. LAFONT.- Es necesaria. Lorena es algo impulsiva. Podría querer liquidar todo en un breve lapso para no tener que preocuparse del cuidado de las propiedades... Pero no quiero que deje de tener oportunidades a favor de que •algún día• se arraigue en mi patria. Después del lapso que comento, es posible que vea las cosas de manera distinta.

CROSBY.- ¿Más vino? Debería usted consentirse.

A. LAFONT.- Le pediré entonces que me haga favor de aceptar que le nombre mi albacea. Usted junto con Marcel Amand estarán cerca de Lorena; por ello me gustaría que compartiera la responsabilidad con mi amigo.

CROSBY.- Usted me honra.

A. LAFONT.- Vamos, no le haga al caballero español y acepte el encargo. Sepa que he dejado instrucciones sencillas, porque con mi hija es preciso ser cartesiano. No me perdonaría ningún error.

CROSBY.- Me habla usted de ella como si debiera recelar del carácter de su hija.

A. LAFONT.- Mañas de viejo, Crosby, trampas de los viejos. Sólo deseo que Lorena le parezca mejor que como se la describo. Eso sería un punto a mi favor... No me malentienda tampoco, ingeniero. Le pido únicamente su amistad para mi hija. Porque en realidad desconozco cuáles sean sus planes personales... tanto como los de ella...

CROSBY.- Mi vida ha sido lo suficientemente trashumante como para pensar que estoy en edad de sentar cabeza. No soy un hombre frívolo, ni de mundo, aunque lo parezca; quizá en ello encuentre alguna afinidad con su hija. He sido un hombre entregado a mi trabajo, a mi labor, y jamás he podido concederme dedicar tiempo a otras cosas.

A. LAFONT.- Su misterio lo hace un hombre encantador, Crosby. Lo he visto en la

mirada de mis empleadas. Quizá sus edades carezcan de la sabiduría necesaria para juzgar cuánto puede alguien sufrir, recibir golpes, y cargar con alguna dosis de sus propios tormentos, dudas del alma... Pero eso las atrae hacia usted, aunque... tal vez ahí esté la raíz de su dolida aura, Crosby: tener al alcance frutos jugosos que no apagarán su sed, sencillamente porque su espíritu está en otra parte... Tenga, no dejaremos gota del precioso líquido de esta botella. Salud y larga vida para usted, Crosby.

CROSBY.- Acepto un poco, solamente. No vaya a ser que me quede dormido y pierda el vuelo.

A. LAFONT.- Me permitiré entonces ser conmigo más generoso.

CROSBY.- Usted me conoce poco ingeniero Lafont, ¿por qué este alarde de confianza?

A. LAFONT.- Estará de acuerdo en que los dos somos unos osos vagabundos, solitarios, Crosby... Usted mismo me dice que ha vivido para su trabajo. ¿A quién recurriría usted en parecida circunstancia?

CROSBY.- Tiene razón, tal vez haría algo semejante...

A. LAFONT.- ¿Le invito un café?

CROSBY.- No, gracias. Quisiera despedirme de la ciudad. La conversación la quiero digerir a lo largo del camino. Si quiere ordene uno para usted. Yo lo invito.

A. LAFONT.- No me haga trampa. Invité yo. Salud.

TELÓN

ESCENA 3

Sala y vestíbulo del departamento de Lorena Lafont

LORENA; después, CROSBY

LORENA viste de negro, informal. Escucha música clásica, algún autor poco identificable. Camina de un lado para otro, nerviosa o molesta. Entra a la cocina, regresa con una jarra y un vaso de agua. Bebe. Se sienta.

LORENA.- Visitas en una noche como ésta. Sólo eso faltaba. (*Va al teléfono, marca, aguarda*). Comuníqueme a la extensión 7608. Gracias. ¿Doctor Laval?, qué bueno que lo encuentro. Dejé una preparación fuera del refrigerador...¿La puede guardar? ... Gracias... No podré llegar, me salió un imprevisto, discúlpeme, lo veré hasta mañana...

Suena el timbre, tapando la bocina:

LORENA.- ¡Voy!. Debo abrir, si algo se ofrece, déjeme una nota en el correo electrónico, mañana estaré temprano.

Va a abrir. Se sorprende.

CROSBY.- Buenas noches, disculpe el retraso, soy compañero de su padre, Walter

Crosby.

LORENA.- Lorena Lafont, investigadora. Pase, el departamento tiende a enfriar con rapidez si la puerta permanece abierta mucho tiempo.

CROSBY.- Gracias.

LORENA.- Tome asiento, monsieur Crosby, le recomiendo el sillón; el sofá es más atractivo que cómodo. ¿Café, té, whisky?

CROSBY.- No por el momento, le agradezco.

LORENA.- (*Sentándose, toma un cigarrillo, ofrece y lo enciende*) ¿Le molesta el humo?; disculpe, soy una fumadora empedernida desde los quince años.

CROSBY.- Adelante, no me molestan las antiguas costumbres. Tiene razón, en la actualidad, todo lo que se permitía está vedado.

LORENA.- Me sorprende, monsieur Crosby, en América sólo puede uno comportarse y hablar de cosas políticamente correctas.

CROSBY.- Le insisto, las costumbres recientes son modas, únicamente, y muchas de ellas atentan contra toda sensatez.

LORENA.- ¡Vaya!, es la primera vez que mi padre tiene un amigo joven y divertido. Lo felicito.

CROSBY.- Lo digo en serio, mademoiselle Lafont.

LORENA.- Dígame Lorena, ¿es la primera vez que viene al continente?

CROSBY.- Le aseguro que no era mi intención. Me interesaba Europa, de hecho pensé que podría radicar en Bruselas.

LORENA.- Ya encontrará placer en la diferencia. Pero un hombre joven, como usted, tiene una mayor capacidad de desarrollo en Canadá.

CROSBY.- Ciertamente... un joven. Pero yo he comenzado a no serlo. Bélgica no era un mal sitio, y la vecindad de Francia e Inglaterra me atraía.

LORENA.- Vamos, sea optimista: aquí la pasará bien. ¿Cómo está mi padre?

CROSBY.- Es el asunto que me traía aquí... Mademoiselle. El ingeniero Lafont me pidió que me pusiera a sus órdenes, tanto como el ingeniero Amand.

LORENA.- Quizá mi padre se equivocó, usted no se ve de la calaña de Marcel.

CROSBY.- El ingeniero Amand es mi jefe. Y creo que carece de dimensiones para ser un mal sujeto.

LORENA.- ¿Cuánto tiene de conocerlo, dígame monsieur Crosby?

CROSBY.- Esta semana...

LORENA.- Entonces no ha visto nada. Yo lo he observado toda mi vida.

CROSBY.- De cualquier modo, yo no creo tener de qué preocuparme por él. Estoy seguro que le agrada mi trabajo.

LORENA.- Será peor, lo conocerá más rápido. Si es usted tan bueno como dice, tenga la seguridad que el crédito se lo quedará él.

CROSBY.- Quizá, me da esa impresión.

LORENA.- ¡Entonces por qué dice que no es un canalla!

CROSBY.- Alguien con esa actitud sólo me propicia lástima. Demuestra que es un ser pequeño.

LORENA.- Una rata rabiosa, una pequeña serpiente, si usted quiere, pero muerde.

CROSBY.- ¿Por qué es entonces tan amigo de su padre?

LORENA.- Mi padre es un buen hombre, pero carece de malicia para diferenciar a la gente que no es como él.

CROSBY.- Entonces tiene usted un serio problema.

LORENA.- ¡Claro!, evitar que Amand se meta en mis asuntos. Con el pretexto de su frecuente contacto con Adrian, trata siempre de interferir en mi vida.

CROSBY.- Permítame informarle que su padre le ha dado carta blanca para ello.

LORENA.- Quizá mi padre ha perdido la cuenta de mi edad...

CROSBY.- Esto es distinto, se trata de un asunto grave, Mademoiselle Lafont.

LORENA.- Vaya directamente al asunto.

CROSBY.- En suma, su padre lo ha nombrado su albacea.

LORENA.- Eso es asunto de mi padre, son sus bienes.

CROSBY.- Y es asunto suyo cuando usted es la heredera universal, Mademoiselle.

Se hace un breve silencio. LORENA se levanta y apaga la música.

LORENA.- *(De pie)*. ¿Y usted por qué me dice esas cosas?

CROSBY.- Porque su padre me confesó que está enfermo.

LORENA.- ¿Está mal?

CROSBY.- Ya no piensa en la vida.

LORENA.- ¿Qué le pasa?

CROSBY.- Cáncer terminal.

LORENA se pone a llorar. Se sienta en el sofá. Se tapa la cara y se dobla en sí misma. Solloza. CROSBY se levanta. Se pone a pasear frente a ella. Habla en voz alta. En realidad, no se dirige a nadie.

CROSBY.- He viajado mucho. Siempre me llama la atención: puede estar uno en el compartimento de un tren, en la cubierta de un barco, entre dos personas en un vuelo que no durará más de dos horas. Alguien hace un breve comentario, uno responde por cortesía. Debe ser un rito muy viejo entre los seres humanos: inaugurar un cierto acuerdo, una pequeña complicidad, y a partir de ello quien lo inició tiene la seguridad de que ese breve encuentro puede ser una confesión de su vida. Y la entrega sin preámbulos a la nueva compañía. Está •por otra parte• la certeza de que esa casualidad se repetirá difícilmente, que será un nombre sin rostro o un rostro sin nombre después de ese momento. (*LORENA enciende un cigarrillo*). Al tocar puerto, al salir de la estación, de nuevo en la calle, todo está olvidado. Pero quizá todo ello es un eco, que pocos reconocen, de aquella costumbre milenaria cuando se iba al frente, cuando todos se miraban entre sí, y abrían sus almas o sus corazones ante la posibilidad de no recorrer el camino de regreso: que alguien pudiera describir los últimos momentos para quienes se quedaban. De alguna manera Adrian Lafont, la última noche que nos vimos, fue un hombre paternal, que gustó con deleite el sabor del vino mientras recordaba a su mujer y a su hija como el regalo máspreciado de su vida. Me lo dijo, sin saber

siquiera quién era yo, cómo era yo. No viajábamos a ninguna parte. Estábamos al pie de un sendero que ahí terminaba. Para Lafont, ya no había más estrellas que mirar, ningún viento nocturno que lo reconfortara, ni caricia de lluvia o de cariño que recibir. Ésas cráteras estaban ya vacías. Permanecerían, sí, ciertos objetos, algunos lugares, sospecho, donde él había conversado largamente con su hija en su fantasía, con la imagen añorada de su mujer. Deseaba, nada más, que su hija pudiera volver para recuperar en aquellos sitios ciertas impresiones, algún pensamiento, evocar la complicidad más allá de la sangre, del tiempo, que le hacía amarla... Y el único mensajero que tuvo a mano, fue un recién llegado, del que desconocía todo: si era un mendigo, el guardián de algún tesoro, cualquier mortal o uno de los dioses que gobiernan la obscuridad.

LORENA sigue sollozando muy por lo bajo. CROSBY se abrocha el saco. Va hacia la puerta que se abre sin ruido.

CROSBY.- Me hubiera gustado conocerla en una circunstancia menos dolorosa. Estoy a su servicio, Mademoiselle. Gracias por la hospitalidad. *(Sale)*.

La iluminación disminuye con lentitud, mientras LORENA se incorpora como si despertara de una pesadilla, fatigada, y recorre con desconsuelo la habitación con la vista. Se electriza al sentirse sola. Corre hacia la puerta.

LORENA.- ¡Crosby!, quédese. ¡No me deje sola!

OSCURO

Escena 4

Ruido de autos en la avenida. Un callejón. CROSBY camina como buscando un aparador, qué ver, qué comprar. Se alcanza a escuchar una ambulancia que viene y se va.

CROSBY.- (*Canturrea*): Ella murió, muchos inviernos ha.

Blancos los montes, las nubes,
los tejados, las cigüeñas y el plumaje de las palomas.
Blancos sus dientes y sus dedos pálidos.
Frías las noches y sus labios
•sin embargo•, me recorrían como el viento
que acaricia las ramas de cada pino
en las montañas Arak.

Y ella volvía, regresaba
a buscar mis besos,
el calor de mi cuerpo y mis labios:
•eres hermoso, bello•, decía.
Mi sangre era su sangre
y mío su corazón.

Ella a dormir fue con el invierno
al pie de los cipreses
en las simas del Arak.

Dijo a mi oído que volvería

a comprobar
con cada lunación
nuestro perpetuo amor.

Te aguardo astro, te espero luna,
tras la ventana miro el camino,
brindo en silencio por la doncella
de suaves dedos, de dientes blancos,
mi eterna amante
que nuestro pacto ha de sellar.

Y ella regresa, infatigable,
con cada luna en plenitud
para besarme y acariciarme...

El sonido del paso de un avión impide escuchar el final del canto. De la oscuridad surge una MUCHACHA. Joven, delgada, hermosa.

MUCHACHA.- Monsiú, monsiú, regálame unas monedas. Necesito completar para mi medicina. El buen Dios te lo pagará.

Silencio absoluto. Se han perdido por completo los ruidos de calle y de transeúntes.

CROSBY.- *(Se detiene, la mira. Se vuelve con gusto hacia ella, como si la reconociera. El gesto suplicante de la muchacha se congela.)* Tu buen Dios no

tiene con qué pagarme. Estaré satisfecho con lo que tú me des. *(Se acerca a ella, pareciera darle un beso fraternal. Suavemente, in crescendo, se escuchan los acordes del «O, fortuna!» de Carmina Burana de Carl Orff. De la mejilla, CROSBY pasa a la boca. De ella bebe. Él sostiene con sus manos el rostro de la MUCHACHA mientras calma su sed. Al terminar, se retira un par de pasos, la mira como si la reconociera).*

MUCHACHA.- Monsiú, monsú, regálame unas monedas. Estoy enferma. El buen Dios te lo pagará.

CROSBY.- Sólo tengo esto que darte. *(Le da un billete).* Que tu buen Dios te cure, porque tu medicina no lo hará. *(Comienza a alejarse, lentamente, como si buscara algo, un aparador, algún objeto).*

MUCHACHA.- El monsiú es generoso, es bueno. Gracias. El señor es hermoso. *(Sale).*

CROSBY.- Ella se fue con el invierno,
quería dormir al pie de los cipreses.
Dijo que volvería con cada lunación.

Y ella regresa, infatigable,
con cada luna en plenitud

para besarme y acariciarme...

Ruido de avenida. Se oye el paso de un avión.

Oscuro

Escena 5

Oficina de Marcel Amand, que tiene una semejanza institucional con la del difunto Lafont.

CROSBY y AMAND acaban de encontrarse.

AMAND.- Ingeniero Crosby, no ha habido mucho tiempo para conocernos adecuadamente, ¿verdad?, pero nos fue útil su presencia en Ottawa y en Samuels Hills. Ya se aprobaron las modificaciones que usted sugirió. En unos días hará la evaluación de una de nuestras plantas cercana a Winnipeg; después de Samuels Hills le parecerá un trabajo sencillo, aunque conviene verificar que la nueva veta que se descubrió garantice la inversión.

CROSBY.- Me da gusto que éste satisfecho.

AMAND.- En casi todo, ingeniero Crosby, en casi todo. No me preocupa mucho lo laboral, aunque sé que puede estar en los planes de la empresa que a la larga me sustituya. Allá ellos.

CROSBY.- Ignoro a qué se refiere usted, entonces.

AMAND.- Iré al grano: hay un aspecto que rebasa lo estrictamente laboral. Es el que me preocupa. Quería informarle, y lamento comunicárselo, que mi amigo y protector suyo el ingeniero Adrian Lafont falleció hace un par de días.

CROSBY.- Lo lamento mucho, señor; ¿lo sabe ya mademoiselle Lafont?

AMAND.- Desde ayer. Me encargué de informarla, en cuanto llegó la noticia. Está deshecha.

CROSBY.- Iré esta misma tarde a expresarle mis condolencias. No he tenido el cuidado de estar al tanto de ella desde que me presenté una vez por encargo de su... difunto padre.

AMAND.- Sea cuidadoso. Otra de las cuestiones que estaban pendientes de definir entre nosotros es más delicada: usted y yo seremos los albaceas de mi amigo. ¿Lo conocía usted de hace mucho?

CROSBY.- Un poco más del tiempo que llevo en la compañía...

AMAND.- No sé cómo pudo usted ganarse tan rápido la total confianza de Adrian.

CROSBY.- El ingeniero Lafont me expuso con claridad sus motivos. Y casi se disculpó por hacerme cargo, con usted, de esta responsabilidad personal.

AMAND.- Ocasionalmente, Adrian era bastante impulsivo. Tan rico como impulsivo •¿sabía usted? Trabajaba más por pasión que por razones pecuniarias. Un romántico. Sólo de esa manera puede explicarse que pudiera poner la iglesia en manos de Lutero.

CROSBY.- ¿Perdón?

AMAND.- Disculpe. Es una expresión metafórica. La usan los españoles, dando a entender que a veces se encarga a las personas menos indicadas misiones de extrema delicadeza.

CROSBY.- ¿Lo dice usted por nosotros?

AMAND.- Para serle franco, ingeniero, lo digo por usted.

CROSBY.- ¿Me está usted ofendiendo?

AMAND.- Sólo quiero dejar claramente establecido que no confío en usted tanto como mi difunto camarada. Me parece una desorbitada decisión de Adrian igualar su breve trato con mi larga amistad.

CROSBY.- Creo que no es usted objetivo, señor.

AMAND.- ¿Qué más objetividad quiere usted, ingeniero? ¿No le parece evidente que usted y yo no somos iguales?

CROSBY.- Es patente que el deseo de su amigo fue que usted y yo actuemos como albaceas de su testamento.

AMAND.- Mire, ingeniero, no objeto las decisiones de la empresa, ya le he explicado, aunque no me gusta tratar con jóvenes. Más allá de eso, desconfío por

naturaleza de los recién llegados y de los arribistas. Y usted me parece ambas cosas, simultáneamente. Y más aún en terrenos que intervienen en mi privacidad. En resumen, deje de estorbarme, Crosby.

CROSBY.- Pasaré por alto su arrogancia, ingeniero Amand, la muerte de su amigo lo tiene trastornado.

AMAND.- El único trastorno reciente para mi vida ha sido usted, y muy abrupto.

CROSBY.- Quizá le conviene estar solo, señor. Me disculpo. Iré con mademoiselle Lafont para expresarle mis condolencias.

AMAND.- Guarde una distancia prudente de la heredera, se lo recomiendo, Crosby.

CROSBY.- Ciertamente, no es a ella a quien debo evitar, señor Amand. Compermiso.

TELÓN

Escena 7

Estancia de Lorena Lafont. Tocaban a la puerta. Se escucha el «Agnus Dei» del Requiem de Duruflé. LORENA, toda de blanco, sale a abrir. Entra CROSBY.

LORENA.- Adelante, ingeniero, no lo esperaba... No es un día feliz para visitas.

CROSBY.- Disculpe, Mademoiselle, no es ésta una visita de cortesía. Quería

manifestarle que lamento la muerte de su señor padre. Me acaba de informar de ella el ingeniero Amand.

LORENA mira hacia el suelo y baja los brazos. CROSBY la sostiene apenas por ambos hombros.

LORENA.- Pase, tome asiento. Me gustaría conversar con usted.

CROSBY.- La última, la primera vez que estuve aquí quise advertirla de este momento. Me apena sobremanera que mi aviso sea hoy un hecho...

LORENA.- Usted dijo la verdad. Pero me hubiera gustado oírla de parte de mi padre; escuchar de viva voz sus proyectos.

CROSBY.- Él sólo deseaba conocerla más a fondo. Lo que sabía de usted era por lo que encontraba de su difunta mujer en su hija...

LORENA.- Debió ver lo que tenía de él. Tal vez en ese espejo no alcanzaba a reconocer sus facciones.

CROSBY.- Dicen que hasta a los grandes alquimistas se les escapaban amalgamas que los hubieran acercado con eficacia a su álcali. Con un poco más de tiempo... tal vez su padre y usted se hubieran reunido definitivamente.

LORENA.- A mi vez, creo, postergué siempre el instante definitivo, como usted dice. Una piensa que hay siempre tiempo para ello... un lugar común de toda

nuestra especie. Y a mi vez, como usted afirma, en la búsqueda de un álcali, como los alquimistas. *(Pausa)*. ¿Sabe, ingeniero Crosby, que de niña me avergonzaba el aspecto de mi padre?.. Todas mis amigas y amigos tenían •según yo•padres y madres hermosos. Yo me sentía desvalida, pensando que la belleza de mi madre se corrompía bajo la losa de su tumba. Y que mi padre, con sus manchas en la piel que le marcaban todo el cuerpo era, de alguna forma, repulsivo.

CROSBY.- Por lo general, el hombre analiza la superficie sin buscar verdades más allá, que transmuten su concepción del mundo. No se disculpe, era usted una niña. A los niños, la contemplación del universo los asusta o los asombra, únicamente. Y mucha gente mantiene esa visión durante su vida, y no comprende. No comprende que al mundo, para dominarlo, hay que entenderlo, investigarlo, transformarlo.

LORENA.- Creo que así lo entendí más tarde, cuando tuve que decidir mi vocación y enfrentar mis fantasmas. Como una forma de arrepentimiento, de asegurarme que había superado mis miedos. Y que aquellos que todavía flotaban en mi espíritu pudieran ser exorcisados por la fuerza del cotidiano trato y la costumbre. Fue de ese modo que estudié la Biología y la Química, y algo de Medicina, en una carrera en la que el tiempo ha vencido mi temeridad. Pero conforme estudiaba, sentía que me aproximaba a mi padre y le decía: «No desesperes, está próximo tu remedio...», y me sumergía en nuevas fórmulas, analizaba tejidos, desarrollaba cepas más resistentes, maneras posibles de vencer reacciones negativas del organismo, clonación de células y libros y resultados de investigación, sin cansancio. Quería curar a mi padre. Buscaba su perdón, aunque no ignoro que me habría dicho que no había nada que perdonar. Porque él era muy bueno.

CROSBY.- Créame, Mademoiselle, el jamás se supo exiliado de usted. Pensó, o se convenció de que usted hacía las cosas por manifestarse íntegra e independiente. Que usted construía sus caminos. Que usted deseaba manifestar al mundo que •como mujer• podía hacerse su propio nombre y personalidad. Entiéndalo, mademoiselle Lafont, la gente por lo general piensa que es vista de una manera u otra por los demás; pero no hay forma de saber cómo están contemplando a uno una serie de personas a través de sus propias historias y ambiciones. De usted, el ingeniero Lafont sólo deseaba que no perdiera sus raíces, que mantuviera algún nexo con el pasado de su familia. Eso es todo. Cuenta usted con mi más sincero juramento. Ésa, además, fue la única misión que me encomendó. Ahora preocúpese solamente por decidir acerca de su destino sin que el ingeniero Amand imponga su voluntad.

LORENA.- Marcel no es nadie para mí.

CROSBY.- Eso, él no piensa aceptarlo.

LORENA enciende un cigarrillo. Suena el timbre.

Escena 8

Dichos, luego AMAND.

LORENA.- ¿Qué sabe usted de invocaciones, señor? Es su jefe. Reconozco su modo imperativo de llamar.

CROSBY.- Será que hoy no es mi día de suerte con él.

LORENA abre. Entra AMAND.

AMAND.- Mis condolencias, Lorena, comparto contigo tan profunda pérdida.

Intenta abrazarla, pero LORENA se retira y le extiende su mano. Él la besa.

LORENA.- No confundas, son pérdidas distintas, Marcel. Amigos, se pueden tener siempre, no un padre. Mas agradezco la atención de tu visita. (*BRUSCA, FRÍA*). ¿No saludas a mi huésped?

AMAND.- Ingeniero, lamento que deba irse. Debo comentar en privado algunos asuntos con Lorena.

CROSBY.- ¿Insiste usted en su descortesía, señor?

AMAND.- Le advertí que debe usted mantenerse a distancia de Lorena.

LORENA.- Ante tus ojos ¿sigo siendo una agradable presa para tu hijo, Marcel?

AMAND.- Creo que Alain te ama, Lorena. Sin embargo, nunca le has dado una oportunidad.

LORENA.- Vivo en occidente, señor. Aquí no se conciertan los matrimonios como en el otro lado del mundo. Al menos, no entre gente de mi clase. Y menos cuando

el cadáver de mi padre aún no está frío.

AMAND.- A lo que vine entonces. Aquí tienes tu pasaje para Bruselas. Podrás asistir a los funerales de Adrian. Alain irá con mi representación, forzosamente. Espero que esa atención de mi parte no te incomode.

LORENA.- Di a Alain que le agradeceré me represente también. Siempre lo tendré en cuenta.

AMAND.- Eres la impertinente de siempre, Lorena. Tienes que asistir o perderás todo.

CROSBY.- Disculpe que intervenga, Mademoiselle. Pero creo que el ingeniero Amand está violentando los términos del testamento de su señor padre.

AMAND.- Usted no se meta, Crosby.

CROSBY.- Disculpe, mademoiselle Lafont me otorgó su hospitalidad. Y Adrian Lafont toda su confianza. No faltaré a ello sólo por hacer caso de sus dudosos modales.

LORENA.- Te recuerdo que estás en mi casa, Marcel. Y que sólo eres parte de la administración de mis bienes.

AMAND.- Ustedes me faltan al respeto, jóvenes. Prepara tus cosas, Lorena. Alain pasará mañana por ti a las nueve. Aquí dejo tu boleto. *(Lo avienta sobre la mesa).*

LORENA.- Un día te convencerás de que Alain necesita más un compañero y no una mujer.

AMAND.- Vine a protegerte por encargo de tu padre. No para ser insultado. (*Sale con violencia*).

Escena 9

LORENA, CROSBY

CROSBY.- Comprendo ahora por qué odia a los jóvenes... y desconfía de ellos.

LORENA.- Posee usted una profunda perspicacia, Walter. ¿No le molesta que lo llame por su nombre?

CROSBY.- No, al contrario. Me hace sentir vivo. Hace mucho que no escucho mi nombre en labios de otros, gracias.

LORENA.- Me alegra que mi padre le recomendara estar cerca de mí.

CROSBY.- Lo hizo en interés de usted, urgido por los acontecimientos, ¿no se lo dije? Él hubiera preferido que yo permaneciera en Bruselas. Mas las circunstancias lo forzaron en este sentido, y quiso aprovecharlas. Intuyó tal vez que Marcel Amand y yo jamás coincidiríamos, y que cualquier choque entre nosotros la beneficiaba a usted.

LORENA.- ¿Sólo puede ver el mundo bajo la luz de la razón? ¿Dónde deja usted la intuición?

CROSBY.- Para el momento en que deba enfrentar definitivamente a Amand y aplastarlo.

LORENA.- Me asusta.

CROSBY.- Usted no debe temer. Juré a su padre protegerla. Descuide. Creo que es hora de irme.

LORENA.- Me gustaría que te quedaras, Walter.

CROSBY.- No es prudente, todavía... Hasta pronto,,,,, Lorena.

Oscuro. Se oye abrir y cerrarse la puerta, y los pasos solitarios de CROSBY, mientras se aleja.

Telón.

Escena 10

CROSBY, LUEGO MUCHACHA

Un callejón oscuro, al filo de la media noche. La iluminación es débil, y sugiere una densa bruma.

CROSBY.- (*Canturrea*):

¿De quién es la noche?

¿Para quién es el día?

¿De quién el tiempo y el placer sin límite?

¿De quién es el tiempo?

¿De quién es el día?

¿Quién es el dueño de la noche?

MUCHACHA.- (*Entra*). ¡Mi monsieur!, el señor bueno, el señor hermoso ¿tendrá *monseigneur* piedad de mis males?

CROSBY.- ¿Sigues viva, mujer? ¿No te matan tus sufrimientos?

MUCHACHA.- Es mi sueño con tu recuerdo el que todavía me deja respirar, señor hermoso.

CROSBY.- Ignoraba que tu sueño fuera el sueño de los muertos.

MUCHACHA.- Mucho he sufrido, señor, pero la memoria de tu largo beso me mantuvo con aliento.

CROSBY.- ¿En verdad crees que te he besado?

MUCHACHA.- Monsiú bello, no tengo por qué mentirte. He vivido mucho tiempo más allá de las murallas del sueño, donde me mantiene la magia iridiscente de mi medicina. Y no te he olvidado, mi señor. Tu canto me sigue como un ensalmo

a todas partes. Lo escuché una vez, era de una gran paz. Me acerqué a ti, temblorosa, pidiéndote una limosna para mi medicina y fue entonces cuando recibí tu beso... ¿O eres tú quien me ha olvidado?

CROSBY.- ¿Lo soñaste así, con tanto detalle?

MUCHACHA.- Así, noble señor. Y guardo emocionada el secreto en mi corazón.

CROSBY.- ¿Cuál es tu nombre, niña?

MUCHACHA.- Los médicos y mis amigos me dicen «La Desahuciada». Antes tuve otro nombre, mucho más breve, pero ya no lo recuerdo. ¿Qué importa? De eso, ya nada sé.

CROSBY.- Tienes razón. Un nombre sólo sirve cuando se le usa. ¿Necesitas dinero, muchacha?

MUCHACHA.- Sólo extraño tu beso.

CROSBY.- ¡Vaya que eres valiente!

MUCHACHA.- Tú beso es más profundo que cualquier cielo de mi dulce medicina. Y un gran consuelo tu canción.

CROSBY.- Mis besos no son la vida, mujer.

MUCHACHA.- ¡El señor hermoso me desprecia!.. Te suplico, apiádate de mí, *monseigneur*.

CROSBY.- De acuerdo, niña, ojalá no te arrepientas. Te otorgo la inmortalidad.

MUCHACHA.- (*Alegrándose*). ¡Si el corazón me lo decía!, tú eres mi dios.

CROSBY.- (*Nostálgico*). No te engañes.

MUCHACHA.- Te lo digo de verdad. (*Se postra ante él.*)

CROSBY la toca del hombro, como para ayudarla a levantarse. Con un entusiasmo difícil de imaginar en una chica tan enferma, se lanza a los brazos de CROSBY. Él, la deja hacer. La abraza y la envuelve en su beso. Se alza el sonido de un gran viento impetuoso. Se escucha al fondo el DIES IRAE de Fauré, mientras se hace el

OSCURO.

Telón.

Fin del

PRIMER ACTO

ACTO II

Escena 1

Oficina de Amand

AMAND

Amand está al teléfono. La comunicación se inició hace unos instantes.

AMAND.- Te lo aseguro querida, tu protector es bastante extraño...

(Silencio. Sonríe con maldad al escuchar la respuesta). Pausa.

AMAND.- No ha sido difícil averiguarlo. Sólo cuestión de paciencia... Y algo de curiosidad, por supuesto. Como eres tan sagaz, quise planteártelo. ¿Cómo te diré? Bueno, de la misma forma que se lo hubiera dicho a tu padre. Eran este tipo de asuntos los que ocupaban nuestras conversaciones. Con lo obsesivo que era acerca del continuo mejoramiento de los sistemas de seguridad en las minas... por eso pensé que tú podías saber algo...

Pausa. Escucha la respuesta, una respuesta cortante seguramente. Se pone violentamente de pie, como si discutiera con alguien en la misma habitación y estuviera a punto de enfrentársele con violencia verbal antes de pasar a la física.

AMAND.- Para nada, Lorena. Mi animadversión contra Crosby no tiene nada que ver en esto. Pero me extraña que la gente que tuvo alguna relación próxima con el maldito inglés haya sufrido accidentes fatales durante los últimos meses a partir de que entraron en contacto con este camarada.

Pausa.

AMAND.- ¿Qué si tengo alguna prueba? (*Violenta más el tono. Alza la voz*) Te estoy hablando de hechos, de evidencias: idos de mis mejores topos! A uno lo acuchilla en un ataque de locura la esposa. Los diarios y la policía le echan la culpa al crack, pero te garantizo que hay algo atrás. Esa mujer es inofensiva. Ahora, claro, tiene una depresión profunda... o algo así... (*agarra unos papeles, cita textual*) ... Catatonia, explica el diagnóstico. Un estado de coma vigil ¿no te parece relevante? El segundo caso ...

(Pausa. Ya no oye, interrumpe)

No, déjame terminar. El segundo caso es más patético. Jean Pierre Lagneau, con un expediente impecable, y recientes exámenes médico y mental altamente aprobatorios acusó comportamientos paranoides, a decir de los sicólogos de la planta en Winnipeg (*coteja un papel*), después de haber estado cuatro días trabajando bajo las órdenes de Crosby en la exploración de una veta carbonífera inmensa. El hombre cambió radicalmente. De un excelente compañero de trabajo se convirtió en un capataz susceptible. Afirman que no toleró una broma cualquiera de uno de los de su *team* y se lanzó sobre él para golpearlo. Como un lancero, el excavador lo ensartó con el martillo neumático (*Inconscientemente, Marcel ejecuta el movimiento como si cargara una cabeza de toro de cuya lengua surge una espada*), así, como si fuera una brocheta. Algo terrible... (*Pausa. Seguramente al otro extremo de la línea hay también un prolongado silencio*). ¿Alo, Lorena? ¿No es para quedarse helado? ¿Cuándo has sabido que alguien de

un *team* se comporte de esa manera? Inaudito. Todo un escándalo.

Vuelve a sentarse. Pone los pies encima del escritorio mientras se reclina hacia atrás y se relaja. Con las manos se sostiene la nuca. AMAND debe verse auténticamente comfortable.

Pero eso no es todo... Y ésta no es una historia de Winnipeg o de Alberta: ocurrió aquí, en Montreal. Mi informante local tiene pruebas de que Walter Crosby es asiduo visitante de los callejones del oeste. Lo cual apenas pudiera ser piedra de escándalo, vivimos en una sociedad de holgadas costumbres (*Se frota el vientre*). Pero sucede que una chica que murió hace un par de semanas falleció instantes después de una enternecedora escena romántica con mi colega. ¡Pobre muchacha! Enferma terminal, seropositiva, Lorena, una joven narcómana deshauciada... Por eso me atrevo a recomendarte cierto cuidado con tus amistades. (*Transición brusca de la voz*). Pero, bueno, me alargué demasiado en la conversación, disculpa, no era mi intención abusar tanto de tu tiempo. Estás advertida. (*Cuelga sin esperar respuesta. Se sonríe.*)

Silencio. Se pone de pie. Se despereza. Estira los músculos, los afloja. Acusa cierto cansancio. Mientras se nota que reflexiona su siguiente jugada. Pasea un poco por su oficina. Está a punto de llegar a una decisión. Disminuye el ritmo de su actividad. La luz comienza a disminuir imperceptiblemente, como un lento crepúsculo. AMAND se acerca al intercomunicador.

AMAND.- Madame Bisso, comuníqueme con Horace Grévin.

Pausa expectante. AMAND acecha el sonido del aparato de manera ansiosa, tiene la actitud de una hiena. Timbre.

AMAND.- ¿Horace? Que alguien vigile la casa de Lorena Lafont y te informe de todos los movimientos de la señorita. Manténganme al tanto de cada visita al instante mismo. Si ella sale, que alguien más la siga. Y tú no pierdas de vista al maldito ingeniero día y noche. Quiero saber todo de él. *Oscuro. Silencio total.*

Telón

Escena 2

Callejón.

CROSBY, *luego* MUCHACHA

Luz tenue, difusa. Se escucha apenas el viento.

CROSBY.- (*Camina despreocupado*). Comienza el invierno. El otoño se ha llevado las hojas lánguidas de los árboles. La tierra duerme. Despiertan las criaturas que reposaban en su entraña. Se cumple el tiempo, nuevamente. Se abre la eternidad.

Al fondo comienza a escucharse el coro de los peregrinos de Tannhauser. Entra la MUCHACHA, envuelta en un sudario blanco. No ha visto a CROSBY.

MUCHACHA.- Aquí estuvimos la última noche... lo engalanaba su hermosura. Era bello mi mesié. Nada parece haber cambiado en el mundo... excepto que no está él. Hoy me lamento. En mi ansia, no supe aprehender su nombre de sus labios. ¿Cómo podré llamarlo? Ah, tonta de mí, deseaba tanto el roce de sus labios

que... ¡Mi señor!

CROSBY.- Buenas noches, muchacha, ¿qué importancia puede tener mi nombre? A lo largo de las edades las generaciones me han llamado con cien nombres de sus lenguas. Dejemos las cosas en que soy solamente tu creador, la puerta de tu abismo. Soy a un tiempo, guía, dueño y maestro.

MUCHACHA.- ¡Pero yo quiero llamarte, monsiú!, deseo tener tu nombre en mi boca, como la flor incendiaria de tu beso...

CROSBY.- *(Sonriendo, con extrema inocencia o maldad)* Como más te guste muchacha, en el fondo todos los nombres son el mismo: Reflejo Oscuro, Fénix, Fin del Día. Me da igual.

MUCHACHA.- Y ¿yo?..., ¿recuerdas cómo me llamo yo?

CROSBY.- ¿Importa? Siempre tendrás manera de saber que te reconocen, que hablan de ti, que te temen. Entonces entenderás por qué te odian.

MUCHACHA.- *(Curiosa)*. ¿Y por qué me rechazan?

CROSBY.- ¡Por supuesto, querida niña!

MUCHACHA.- *(Se sorprende y duda)*. ¿En verdad..., me quieres?

CROSBY.- ¡Claro, por eso te acerqué a mí!

MUCHACHA.- ¡Eres maravilloso, mesié!

CROSBY.- Si así lo crees... *(Transición, con tono neutro, casi frío)* Somos semejantes, muy semejantes. *(Nuevamente divertido, refiriéndose a las diferencias físicas)*. Un poco diverso nuestro aspecto, la apariencia, pero esencialmente idénticos. Ésa es la maravilla.

MUCHACHA.- *(Tímida, asombrada, como una niña que aprende algo importante de su padre)* ¡Soy como tú!..., ¿un reflejo oscuro?

CROSBY.- *(Indiferente, amargo)*. Sí, si lo deseas, puedes llamarte también Desolación, Plaga, Revelación o Tiniebla, como yo. ¿Te gusta?

MUCHACHA.- ¿Por qué así, mi Fénix? Son nombres tristes. Para mí eres luminoso, encegecedor como un ángel en su cabal belleza.

CROSBY.- Alguna vez quise ser un ángel, en efecto, eso me perdió. Ha pasado tanto tiempo después de eso... Apenas lo recuerdo. *(Como fatigado, o en una ensoñación, se apoya en el muro)*.

MUCHACHA.- Para mí serás siempre una luz, Luz Oscura, si quieres, si me dejas. Ése no es un nombre tan triste.

CROSBY.- *(Amargo, con una violencia contenida contra sí mismo)*. De cualquier modo, nuestra naturaleza no es ya la arcilla de la que fuimos conformados. Sin

embargo, dejó en nosotros su huella... únicamente. Y quedamos vacíos, privados del soplo que debía ser nuestro aliento. ¿Comprendes?

MUCHACHA.- Con vaguedad, monsieur. Tu tristeza me habla de nosotros como si fuéramos almas en pena, espíritus, sombras, pero aquí estamos.

CROSBY.- No, muchacha, no. Jamás espíritus. Carecemos de alma. La pena... es incapaz de rozarnos con sus alas. Sencillamente, hemos vuelto. Regresamos.

MUCHACHA.- Suena extraño, ajeno...

CROSBY.- Fuimos la semilla de esta permanencia. Veladamente, algunos libros mencionan nuestra naturaleza. O exageran, o la inventan.

MUCHACHA.- Me impresionas, señor.

CROSBY.- No lo olvides. Es así. Hubo que mudar de aspecto, convivir con nuestros enemigos. A la manera del demonio bíblico, convertirnos en la suprema simulación. Nunca perdimos ni el origen, ni la semejanza. Y tal vez nuestra metamorfosis, como se afirma, sea un vuelco accidental del mundo, el último experimento de nuestra *magna mater*, si me permites ser evidente.

MUCHACHA.- (*Temerosa*). ¿Tenemos enemigos? Nada malo hemos hecho, misié.

CROSBY.- (*Indiferente*). Engendrar. Quitar la luz. Como ha sucedido siempre. Somos una raza segregada que debe defenderse de quienes la odian y temen. Lo

irás aprendiendo poco a poco; mientras tanto, no confíes en nadie. Olvida lo que oíste y lo que te dijeron. Simplemente has regresado, poco tienes que temer.

MUCHACHA.- Tu revelación es terrible. Tus palabras, profundas y llenas de enigmas. Siento que no he salido de mi profundo sueño.

CROSBY.- *(Le acaricia con suavidad la mejilla, en un gesto de despedida).* Aprenderás a ser discreta. Y a saciar tu hambre y tu sed al amparo de las sombras. *(Sonríe seductor).* De alguna forma ya lo has aprendido. No abuses de la luz, que lastima la carne. Enséñate a vivir de tu noche y tu silencio... Y acepta la paradoja: quedaste a salvo de la enfermedad, pero no de la total destrucción.

MUCHACHA.- *(Como iluminada).* Ya entiendo. Ésa es la arcilla.

CROSBY.- Ésa es la frágil arcilla. *(Sale por el lado derecho).*

De nuevo, como al principio de la escena, se escucha la música de Tannhauser, hace mutis la MUCHACHA, por el lado izquierdo.

Escena 3

CROSBY

CROSBY regresa, como si buscara de nuevo a la MUCHACHA, como si hubiera olvidado decirle algo. Alza los hombros, se relaja, se abandona un momento, como fatigado. Se sienta en el piso, recargado en una de las paredes del callejón.

CROSBY.- Quizá debí advertirle que puede saber, aprender todo. Puede conocerlo

todo. Pero ojalá no ignore que es peligroso pensar.

Se calla. Se escucha el rumor de la avenida.

CROSBY.- La noche huele a Lorena, tiene aroma de Lorena. Lorena es la noche.

Oscuro

Escena 4

Calle del oeste, próxima a callejón del oeste.

LORENA, AMAND

LORENA camina con cierta premura, buscando a alguien, seguramente CROSBY. Por atrás, se acerca en pos de ella AMAND, que conversa en un teléfono portátil.

AMAND.- Te agradezco, Horace. Que me avisen si se mueve. Cuídenme las espaldas, sólo por si acaso. Esto es de locura. *(Aparte, mientras cuelga y se guarda el aparato en la bolsa del sobretodo –abrigo o gabardina).* Es caro este sabueso, pero bien vale cada dólar. Nada lo detiene.

Amand alcanza a Lorena con un poco de esfuerzo. Sin violencia, pero firmemente, la toma del antebrazo. Ella se sobresalta.

LORENA.- ¡Marcell!, ¿qué haces por aquí?

AMAND.- Velar por tus intereses, querida, evidentemente. ¿Y tú?

LORENA.- Nada que te importe, *evidentemente.*

AMAND.- Con dolor observo que la hija de mi mejor amigo ha olvidado con rapidez los bellos modales que distinguían a su señor padre. Te ahorraré la respuesta, Lorena: buscas a un reconocido ingeniero de la Earth Energy Mining Company, que no soy yo, *evidentemente*.

LORENA.- Tal es el método de la ciencia, Marcel, verificar los dichos. Evitar los prejuicios, comprobar toda creencia. Este procedimiento garantiza que los hombres y mujeres dedicados al conocimiento se diferencien del vulgo. ¿Comprendes?

AMAND.- (*Sin acusar el golpe, aunque molesto, conteniéndose*). ¿Y qué tal si te condujera hasta tu conejillo de Indias o rata de laboratorio, que a mí me parece más bien un chacal o un buitre?

LORENA.- Ya me decía yo que tus conocimientos de zoología son superficiales. (*Resignándose*). Aunque infiero que has descubierto dos nuevas y magníficas vocaciones, policía de crucero y *voyeur*. (*Sin dejarlo alternar*). Con sabiduría ancestral decía mi madre que la gente noble debe desconfiar del pueblo llano.

AMAND.- (*Estallando*). Maldita burguesa, ya te enseñaré yo lo que es la gente innoble. Vamos. (*La dirige hasta el callejón del oeste*).

Oscuro

Escena 5

Callejón

CROSBY, luego AMAND y LORENA

CROSBY mantiene la posición que adoptó cuando regresó a buscar a la MUCHACHA. De pronto, adopta una actitud vigilante, aunque sigue sentado en el suelo.

CROSBY.- El viento ha cambiado. Y distingo el olor de Lorena del de la cloaca. *(Los ve venir)*. Como siempre, la historia se repite.

Al principio, no lo han percibido entre las sombras. LORENA es la primera en notarlo. Le hacerle un gesto de preocupación. CROSBY se lleva una mano a la sien, como un saludo, dando a entender que ha comprendido. LORENA se relaja, casi se deja arrastrar. AMAND se lanza hacia CROSBY señalándolo.

AMAND.- ¡Aquí estás, miserable!

CROSBY sonrío angelical, con esa sonrisa del ebrio inocente, que está en el paroxismo del alcohol. Con aspavientos, alza los brazos como saludando eufórico y hace un intento, fallido, por levantarse. Se declara vencido y se abandona de nuevo.

CROSBY.- *(Con voz y aspavientos de borracho que no abandonará mientras esté presente AMAND)*. ¡Qué barbaridad!, ¡un patrón! Y este honesto hijo de la madre tierra no lo puede saludar. Pero reclino mi cabeza ante el talento y hermosura de su acompañante, Amand, y me disculpo por la imposibilidad de invitar a ustedes

asiento más digno que en el que me encuentro. (*LORENA casi no puede aguantar la carcajada ante la espléndida actuación de CROSBY*).

AMAND.- ¿Y donde dejó a su amiguita? ¿Dónde está esa crápula que usted visita, Crosby?

CROSBY.- ¡Qué felicidad!, ingeniero, me preguntaba si había sido un sueño de esta cabeza en eterna ebullición la plática con una mujer difunta o, bien, si era una certeza a la que me enfrentaba. Ya ve usted qué imágenes más extrañas surgen de los efluvios ardientes de unas buenas onzas de Jack Daniels.

AMAND.- ¡Ahora resulta que todas son fantasías y niega todo! Desde hace semanas, si no es que meses, usted se junta aquí con la escoria de Montreal: rameras, adictas, mujerzuelas enfermas...

CROSBY.- Discúlpeme, señor, la única escoria que veo por aquí es a usted, Amand.

AMAND.- (*Fuera de sí*). No me va a negar lo que muchos han visto.

CROSBY.- No lo niego, no lo niego... (*en un tono de excusa triste, como a punto de echarse a llorar*), si usted quiere lo repito: estoy seguro: usted es la única escoria que veo por aquí.

AMAND.- ¡No lo soporto Crosby, no lo soporto, lo mataré. ¡Engendro del demonio! (*Le suelta una patada. CROSBY se dobla y cae como privado, deteniéndose las costillas, indefenso*).

LORENA.- ¡Por Dios, Marcel! ¡Que tienes! ¡Has perdido la cabeza por completo!
¡Policía, policía!

Amand se da cuenta de su error. Al ver a CROSBY desmayado, se asusta y se va corriendo por lado izquierdo, que es el mismo extremo del callejón por donde salió la MUCHACHA.

Escena 6

CROSBY, LORENA

LORENA.- *(Se acuclilla para auxiliarlo).* ¡Walter, Walter! ¿Estás bien?

Perfectamente despejado, CROSBY abre los ojos, hace ademán de sacudirse el golpe o el dolor como si se desempolvara la ropa; y le sonrío a LORENA con un gran afecto, como un niño que ha hecho una travesura magnífica.

CROSBY.- *(Mientras se pone de pie).* Sí, ciertamente. Por suerte, no fue una estocada, me hubiera atravesado como a un pollo. Gracias por la advertencia, fue en extremo oportuna. Ya nos lo quitamos de encima. Podemos irnos.

LORENA.- Acompáñame a casa. Debo explicarte cómo llegué hasta aquí.

Oscuro

Escena 7

MISMOS

Departamento de Lorena Lafont

Un cigarrillo humea en un cenicero frente a LORENA. Seguramente bebe agua. CROSBY tiene ante sí una copa de vino. Luz tenue, íntima.

C.- ¿Entonces crees que lleva mucho tiempo siguiéndome?

L.- Me dijo que semanas. Yo iba a advertirte, Walter. Asegura que llevas una vida disoluta.

C.- ¿Y tú le crees?

L.- Yo sólo sé que te encontré, perfectamente sobrio, sentado en el suelo, en un callejón de un barrio bajo. Sé que recibiste una patada en las costillas y que, contra tu costumbre, tu ropa huele a limo, a tierra húmeda, con un dejo pútrido. Es todo. ¿Son elementos suficientes para formarse un juicio? Me faltarían datos.

C.- ¿De qué tipo?

L.- ¿Qué sé de tu vida? Para mí tú historia comienza hace algunos meses. Me simpatiza tu carácter, platico a gusto contigo, y posees un encantador hermetismo junto a un joven corazón. Soy tu cómplice en el mutuo desprecio por Marcel y eres un hombre que viaja mucho por razones de trabajo. ¿Qué te gusta comer? Lo ignoro. ¿Tienes insomnio? Lo desconozco, como toda una serie de hechos que te definen, de tu presente y tu pasado. En suma, eres un agradable hombre de mundo y eso hace de ti una compañía grata. Si yo fuera tu amante o tu esposa te preguntaría por qué te encuentro como deprimido en un callejón del oeste de la

ciudad, como cualquier *clochard*, y si recurres a algún sicotrópico, o también si tienes alguna debilidad humana que te conduzca por ahí. Pero no es el caso.

C.- Puedo asegurar que no tengo ningún vicio de esa naturaleza, ni que gobierne a mi espíritu, a mi voluntad o a mi carácter ninguna debilidad humana. (*En tono de confianza*). Y sí, cierto, por una cuestión de oficio acudí al barrio oeste, más no por razón que atente contra mi moral ni mi naturaleza. Y dispensarás que no me extienda más en ese sentido. Lo sabrás en su momento. Sea por mí, sea por otra boca. Y por cierto, me horroriza el efecto de los narcóticos, destruye el espíritu de la persona, como una duda no formulada, corrosiva. Vi a tanta gente en mi país natal doblegarse a causa del opio como un campo segado por la langosta. Y quizá percibían un orbe que no les pertenecía... era como si en verdad fueran los verdaderos desterrados del Paraíso. (*Se estremece*). Hablar de esos asuntos me hace condenar a fondo la naturaleza humana.

L. ¡Qué extraño eres!

C.- (*Bebe un poco de su copa*). Será que para mi no hay Dios, ni me impresiona el tiempo... (*Soñador, gozando su evocación*) ¿Sabes? De joven quise reflexionar a la manera de los filósofos, de los antiguos, discernir mil y otras tantas veces mil los misterios que jamás se alcanzan a responder... ¿Qué hago aquí? ¿Por qué yo...? ¿Por qué tan pocos me entienden? Y de alguna forma me sentí elegido (*Lorena lo escucha deslumbrada, atraída*). Soy de esos que leyeron ávidos los libros sagrados, el de Moisés, el de Mohamed, las enseñanzas búdicas. Y aunque lo hice numerosas veces, y agregué nuevas lecturas, algunas muy extrañas, y otras hoy ya inexistentes, ninguna me satisfizo. Opté entonces por los caminos de la

Paracélsica y la magia, como muchos otros, y no me estremeció el aviso ni de Lulio ni de Alberto Magno: pensé que jamás perdería el camino, aunque mi éxito no fue el que hubiera deseado. Tuve que pagar un alto precio. *(Bebe un poco más de vino)*. Y como muchos otros, perdí el alma. Y la esperanza.

L.- Extraña vocación, extraña historia. Jamás pensé que sobrevivieran soñadores de esa estirpe. Es fascinante.

C.- Se paga el precio de los sueños con los sueños.

El teléfono suena. LORENA mira su reloj extrañada.

L.- ¿Una llamada a esta hora? Mal signo.

CROSBY se entrega a sus reflexiones mientras Lorena contesta con un poco de desconcierto.

L.- Ojalá no haya pasado nada malo en el laboratorio, estoy a punto de... ¿Sí? ¿Aló? ¿Quién? ¿Eres tú, Alain? *(Tapa la bocina, lleva el auricular al sitio que ella ocupaba. A CROSBY):* ¡El hijo de Marcel! *(Al micrófono):* ¿Qué? ¡Imposible! ¡No hace una hora que nos abandonó al ingeniero Crosby y a mí en el barrio oeste! ¡Estaba bien!... ¿Estás seguro que es él? ... *(Al sentarse se ha venido hundiendo en el sillón, incrédula, asustada, en pleno desconcierto)*. ¡Alain, no juegues con eso!... ¿Te pueden traer aquí? ... ¡Está bien, te espero, te esperamos! *(Cuelga)*. *(Con voz lúgubre, balbuceante, sin terminar de ordenar sus ideas):* Alain Amand, que le acaban de avisar que encontraron muerto a Marcel cerca de donde

lo dejamos. Absolutamente desangrado..., sin huellas, de violencia. Parece que conserva todas sus pertenencias... la billetera, el reloj, el teléfono... todo. No me lo explico... Le dije que lo acompañaríamos... ¿puedes?

Escena 8

Mismos, luego HOMBRE

CROSBY asiente con la cabeza, apura el vino. Muestra el rostro impasible. LORENA está en la misma posición que el día en que murió su padre, mientras lloraba. Como aquel día, CROSBY se levanta. Toma su copa. Se acerca hasta la mesa donde está el vino. Tocan a la puerta.

LORENA hace seña a CROSBY de que abra. Él pone un gesto desconfiado, pero obedece. Gira el picaporte. Abre la puerta con cautela; momento en que se escucha cómo, quien está del otro lado de la puerta, aprovecha para dar una patada sorpresiva a ésta.

La puerta se abre con violencia por el impulso. LORENA se sobresalta y grita. CROSBY se ha hecho instintivamente para atrás. Un HOMBRE con un sobretodo, un abrigo o una gabardina muy semejante a la de Marcel Amand entra disparando a quemarropa sobre CROSBY. LORENA se ha puesto de pie y contempla la situación. Con el estruendo de los disparos se tapa la cara. El cuerpo de CROSBY se convulsiona con cada impacto. No gime, no grita, sólo se escucha el estremecimiento del cuerpo sobre la duela con cada nuevo impacto: seis, siete, ocho. Silencio. La escena pareciera congelarse por un instante. El HOMBRE verifica con un rápido vistazo que puede salir por dónde vino sin ningún peligro. Mira el despojo en el suelo y se despide de él.

HOMBRE.- Lo último que me encargó el jefe es que le cubriera las espaldas. (Sale).

Oscuro

LORENA.- (*Grita*): ¡Walter!, no me dejes sola!, ¡no!

Silencio.

Escena 9

LORENA, luego MUCHACHA

CALLEJÓN DEL BARRIO OESTE

MÚSICA: Se oye una marcha fúnebre. Cae la noche. Crepúsculo. LORENA, luto riguroso, vestida de negro, con una orquídea blanca como bouquet, lleva una flor roja al sitio donde encontró a Crosby fingiéndose borracho. La deposita en el suelo. De su bolso saca una veladora y su encendedor. Prende la veladora y deja que termine la música, mientras medita.

Comienza a alejarse. Se encamina ya hacia el lado derecho del callejón cuando escucha la voz de la MUCHACHA, que la invita a volverse:

MUCHACHA.- Demoiselle, demosele, apíadate de mí, regálame unas monedas para mi medicina...

OSCURO. TELÓN. MÚSICA.

Fin del II acto y de

Luz oscura